

presenta de esta obra (1), con las notas de Max Nettlau, es sencillamente estupenda. Los traductores, Marisol de Mora y Javier Echevarría, completan su trabajo con un brillante y agudo prólogo, que es quizá lo mejor que hemos leído sobre Bakunin en este año de su centenario. ■
FERNANDO SAVATER.

(1) *Confesión al Zar Nicolás I, de M. Bakunin*: Col. Maldoror, 1976.

“Mi fe no es una droga”

Es este un libro (1) que no ha sido fácil de publicar, a pesar de creer muchos que las cosas han cambiado profundamente en el país. Su sinceridad humana, su espontaneidad religiosa, su estilo sin eufemismos, no han agradado a algún editor católico progresista. Pero, por fin, una editorial comercial se decidió a publicarlo gracias a la perspicacia selectiva de Antonio Aradillas.

Yo no sé qué decir de este libro, sino expresar más detalladamente lo que acabo de señalar. Ese es su mejor homenaje, porque no estamos acostumbrados a ello. Hoy vivimos de la “pose” más que del descubrimiento sencillo de la intimidad sin alharacas, triunfalismos ni

(1) Francisco Nátera: “Mi fe no es una droga”. Ed. Sedmay. Madrid, 1976.

demagogias. Parecemos espontáneos, y somos deudores de una moda de progresismo católico que está cortado todo él por el mismo patrón rebuscado, que corresponde a análoga estructura mental de base de la fase rígida, anacrónica y desfasada en que se movió el catolicismo hasta el Concilio. No nos olvidemos que los países de influencia católica decimonónica han quedado marcados —se sea o no creyente ya— por una manera de pensar, de razonar, que tiene todas las características de una lógica infantil, inmadura, simplista, catalogadora en dicotomías superficiales, que todavía perdura en España, aunque muchos se hayan apartado del catolicismo. El modo de pensar, la estructura mental adquirida como marco de nuestras ideas, sigue todavía mucho más de lo que se cree.

En cambio, el libro de Francisco Nátera, un ex jesuita que nos cuenta sus avatares dentro y fuera de la Compañía con sinceridad, pero con cariño comprensivo de los hombres que le rodearon, explica como la cosa más natural del mundo sus problemas psíquicos de aquella época suya anterior, las reacciones de sus superiores, el proceso de secularización, su inserción en el mundo y la toma de conciencia crecientemente madura que ha experimentado, tanto en los problemas de la fe como en los problemas del mundo, que para él se unen en su conciencia personal.

Es Nátera todo menos un erudito, a pesar de que ha leído abundantemente; pero el contacto con el libro se le hace artificial, y prefiere —con razón— la vida a la letra escrita. En algún aspecto me recuerda su postura a la también llena de espontaneidad de ese hombre independiente que es el francés Marcel Légaut. Como él se ha desarrollado en su fe y en su humanidad, con naturalidad, sin seguir las corrientes progresistas de cliché estereotipado que hay ahora en la Iglesia. Su pensamiento, expresión siempre de su fe vivida, es abierto, inconformista, preocupado por los demás, y siempre chocante para los bien pensantes o bien situados, a pesar de su amabilidad.

Ha accedido a esta postura sin voluntarismo forzado alguno, como la cosa más normal del mundo. Y eso que le ha pasado a Nátera se trasluce en su libro, aunque este proceso íntimo haya estado ayer lleno de dolores y de dificultades, que han sido disueltos en esta naturalidad de su obra escrita.

Lo social y lo individual parecen perfectamente integrados en el libro, y sus afanes hacia una sociedad realmente humana y justa son norte de su vida, como se evidencia en este libro de confesiones personales sin adscripción a ninguna línea política de grupo, pero sí en una línea de izquierda real más que de partido.

Quien desee librarse por unas horas de este trajinar crispada-

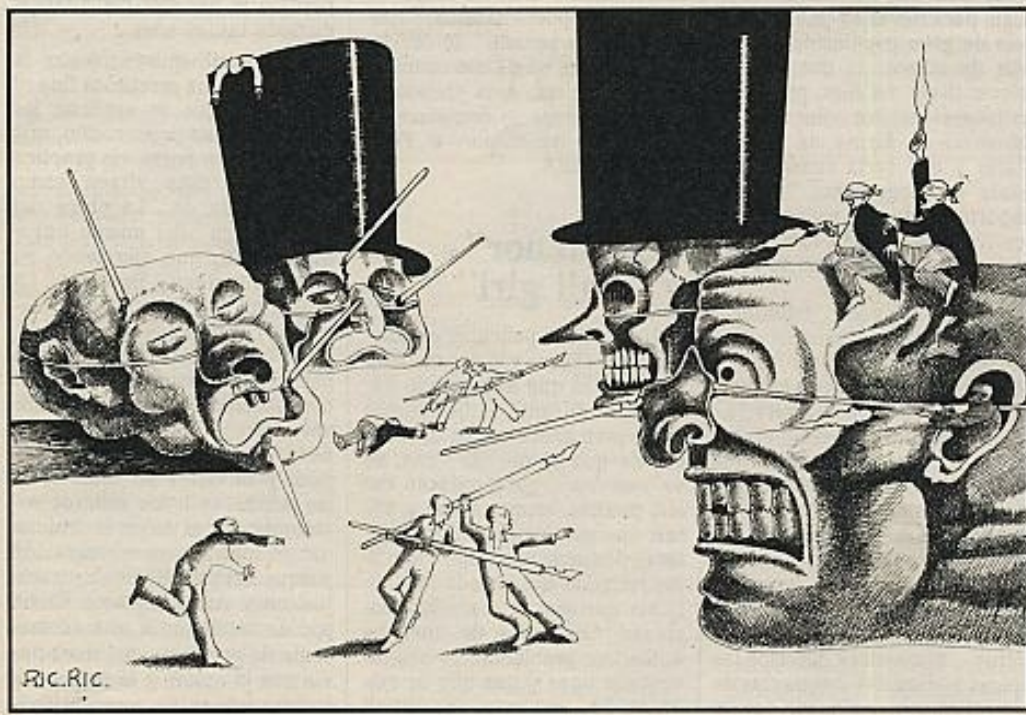
mente en pro de la propia importancia, o de la propia cultura, o del propio protagonismo, que lea estas páginas de un creyente independiente, que le ayudarán sin duda a vivir unos momentos de superación de este afán de superioridad neurótica que nos invade, y desarrollará en él —si es creyente agobiado por la crisis de la Iglesia— sus tendencias a una mayor sencillez y espontaneidad religiosa y humana. ■
E. MIRET MAGDALENA.

“Agricultura y Sociedad”

“No se trata de una revista técnica sobre temas exclusivamente agrarios: se buscará un enfoque interdisciplinario, económico, sociológico, histórico, antropológico y cultural que tenga como protagonista, aunque no como único personaje, a la agricultura”. Este ambicioso planteamiento es, según explica Luis Gamir en la presentación, el que se hace la nueva publicación “Agricultura y Sociedad”, editada por la Secretaría General Técnica del Ministerio de Agricultura. La revista (cinco números al año) está dirigida por el ingeniero agrónomo Antonio Gámez y tiene como subdirector a José Antonio Gómez Marín. Un amplio consejo de redacción interdisciplinar (veintisiete miembros) les asesora en su tarea. El diseño es de Alberto Corazón.

Este primer número (octubre-diciembre 1976) incluye seis estudios, diversas notas bibliográficas y una sección final de documentación, dedicada aquí a Joaquín Costa, con un amplio estudio preliminar de Alfonso Ortí.

Los estudios abarcan temas muy diversos: desde notas para una definición sociológica del campesinado (Sevilla-Guzmán y Pérez Yruela) a un polémico análisis de la población activa en la agricultura española (Mario Gaviria). Jordana y Keller hacen un análisis coste-beneficios aplicado a la agricultura; Malassis trata del papel de la agricultura en etapas de recesión económica; Giner y Salcedo, de la emigración. Gámez, en su trabajo, sostiene que una política agraria supuestamente neutral favorece la proletarianización y explotación del campesinado. Gaviria señala que las estimaciones sobre población activa agraria en España son desmesuradas (hay encuestas oficiales con errores por exceso del



RIC.RIC.

50 por 100). En su opinión, la población activa agraria española tiene unos niveles semejantes a los europeos por su cantidad. Por su edad media, muy avanzada, el país se verá enfrentado, si no se pone remedio, a una muy grave crisis de mano de obra agraria que podrá llevar al desabastecimiento en no pocos aspectos. ■

CINE

Como un "bibelot"

Polaco de nacimiento, Walerian Borowczyk reside en Francia desde 1946, cuando sólo contaba veintitrés años. Y será en su país de adopción donde alcance la notoriedad, primero como pintor y escultor y posteriormente por su trabajo de cineasta. Dedicado inicialmente al cortometraje —de animación gran parte de ellos—, es dentro de esta técnica como realiza también su primer largo, "Théâtre de Monsieur et Madame Kabal" (1967), para pasar después a la ficción con personajes reales: "Goto, l'île d'amour" (1968), "Blanche" (1972), "Contes immoraux" (1974), "Historia de un pecado" (1975), "La bête" (1975) y "La marge" (1976). De ellos, el tercero y el quinto han proporcionado a Borowczyk una amplia fama como "especialista" en temas eróticos, lo que ha aprovechado la distribuidora española de "Historia de un pecado" para efectuar un mentiroso lanzamiento publicitario del film, prometiendo al espectador una "audacia" en este caso inexistente. (Constatemos, con pesar, que las nuevas distribuidoras —como la que nos ocupa— repiten los mismos métodos de engaño al público que han acreditado durante años y años la mayoría de sus antecesoras.)

De todos los largometrajes citados, "Historia de un pecado" ("Dzieje grzechu") es el único que Borowczyk ha dirigido en su Polonia natal —a donde no volvía profesionalmente desde 1958, en ocasión de dos cortos—, dato que parece decisivo a la hora de analizar su película. Porque, según manifestaciones propias, ésta se halla especialmente



"Historia de un pecado" ("Dzieje grzechu", 1975), de Walerian Borowczyk.

realizada pensando en el espectador polaco, desconocedor por completo de su producción francesa. Con este fin, Borowczyk eligió para llevar al cine una novela de gran popularidad en su país de origen: la que, con el mismo título del film, publicase en 1906 el escritor polaco Stefan Zeromski en forma de folletín diario y que sería considerada desde entonces como "la más importante de sus obras menores", dentro de una labor conjunta en la que destaca su célebre "Cenizas".

A este contenido "folletinesco", Borowczyk permanece fiel en todos los instantes de su película, y de ahí nace el mayor encanto y la mayor limitación de "Historia de un pecado". Insistiendo, por otra parte, en ese "realismo fragmentario", en ese puntillismo decorativo, en ese objetualismo estético que ya destacábamos en nuestra reseña de "Blanche" —único largometraje del cineasta polaco-francés que se había estrenado entre nosotros—, Borowczyk describe las típicas andanzas y desgracias de una joven virgen lanzada por un

amor imposible a la vorágine de un mundo cruel y degradante. Interesante como "narración de costumbres", como reflejo de una época posromántica, "Historia de un pecado" se revela, sin embargo, en último término, tan inútil como esos "bibelots" que Borowczyk se complace en mostrar al espectador. ■ **FERNANDO LARA.**

"La menor" y "Call girl"

Dos nuevas películas españolas sobre el sexo y el pecado. Son las mismas que han venido haciéndose durante estos últimos años, pero ahora con la diferencia de que el pecado "casi se ve", es decir, que aparecen culos, piernas, tetas, camas y putas: una antología que los directores de turno nos muestran como reliquias del pecado más terrible que corroe a nuestra sociedad. Olvidados de nuestros auténticos problemas, se han inventado unas putas que es evidente no conocen. (En "Call

girl", por ejemplo, Eugenio Martín nos hace creer que existe una "troupe" comiendo bocadillos en una curva de la carretera para el reposo del caballero camiónero que, en una pausa del viaje, descansa sus instintos tras un arbusto, sigue luego su camino y la puta su bocadillo.) Estas películas nacen de una masturbatoria, enfermiza y delirante imaginación que nada tiene que ver con nuestra realidad inmediata: ni la gente se acuesta como lo hacen nuestros actores, ni las mujeres se colocan esos complicados y absurdos camisones que dejan ver y no ver, ni las prostitutas son como aparecen hechas por nuestras actrices, ni los clubs son como estos guionistas han leído en novelas baratas, ni las menores son tan gilipollas ni los adultos tan estúpidos; son otras las reglas del juego, son otros sus valores y mecanismos, son otros los problemas del sexo y estas películas ni se los plantean. Aprovechándose de una supuesta "apertura", son títulos tan falsos como "Alba de América" o "La leona de Castilla"; si aquéllos desvirtuaban el pasado para convencernos de la belleza de los años cuarenta, en "Call girl" y "La menor" se desvirtúa el presente para convencernos igualmente del esplendor de nuestro inmediato pasado. Incluso en "La menor", de Pedro Masó, se dice una frase para corroborarlo y que es, más o menos, así: "Desde hace tiempo a esta parte no hay más que atracos, secuestros, crímenes. Hemos perdido la paz que disfrutamos durante tantos años..."

"Call girl" quiere contar la historia de una prostituta fina (y es fina porque se explican los orígenes de su prostitución, que ella, por otra parte, no practica porque es puta virgen como aquella otra de "La chica del Molino Rojo" del mismo Eugenio Martín, que ejerciendo su oficio se mantenía impoluta). La prostituta fina de "Call girl" tiene una red de otras compañeras, finas y bastas en mezcla astuta para abastecer los deseos de altos funcionarios y administrativos. Pero, el amor (¡oh, el amor de las prostitutas que es siempre puro y salvaje y no como el de las adúlteras o los solteros corrompidos!), el amor la traiciona, desmantela su organización porque Bárbara Rey es muy ambiciosa y Antonio Casas no ha podido cepillarse a una adolescente de provincia que tiene novio que la quiere y la protege, y la puta jefe se ha arrepentido y